

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

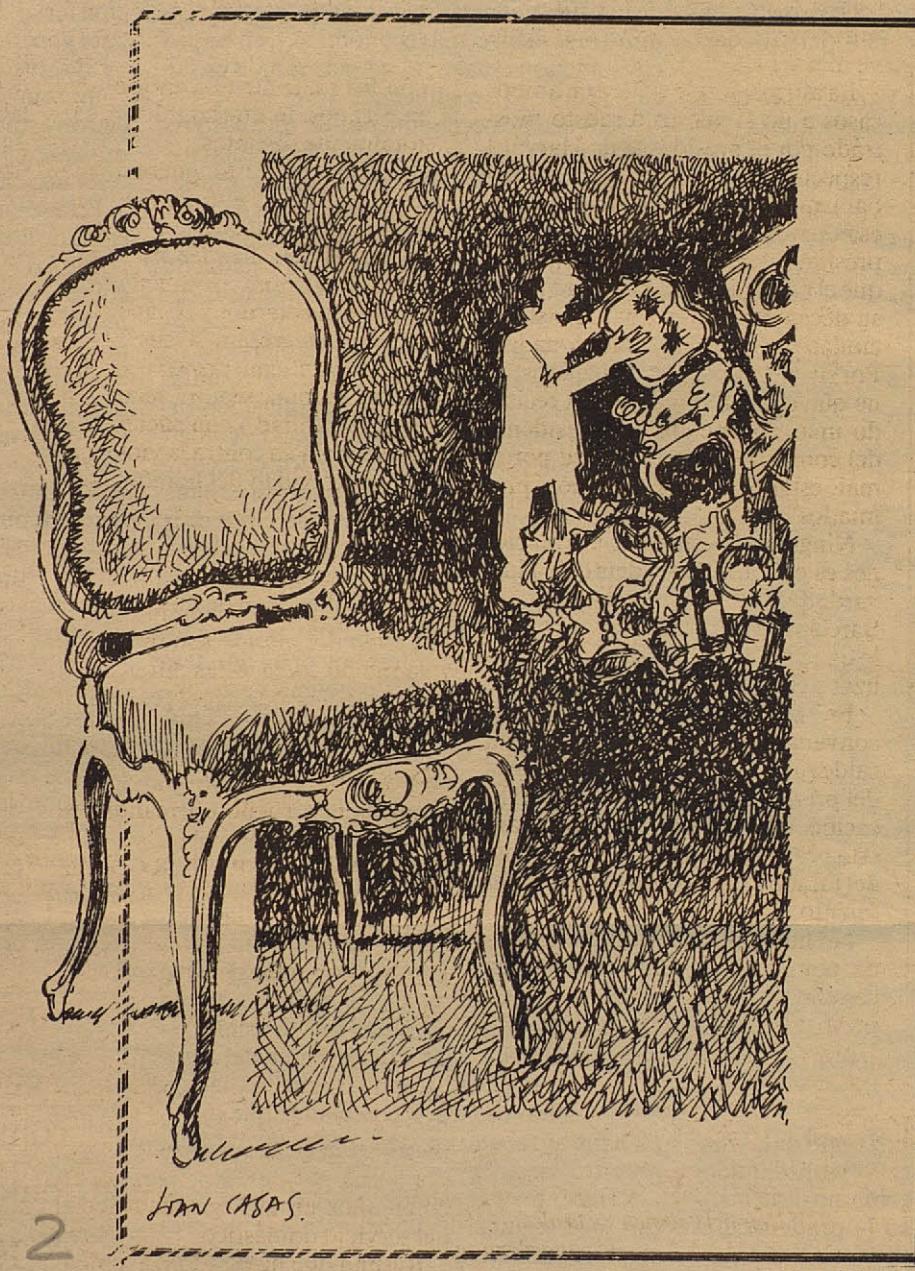
Los hijos del paro

Desde hace años, con las crisis económica y el paro, han vuelto a aparecer antiguos oficios que parecían olvidados: afiladores, quincalleros, arregladores de paraguas, colchoneros ambulantes, silleros... Pero el hecho más novedoso ha sido el surgimiento de colectivos –ya sea en forma de cooperativas o como empresas– que se dedican a la compraventa de muchos de los objetos y desechos que los ciudadanos tiramos a la basura o depositamos en los contenedores.

Es una salida al paro, pues siempre es mejor comer algo que pasar hambre, pero es además una especie de contestación al sistema, a un sistema que nos impone la obligación de consumir y a arrojar después como desperdicios toda clase de materias y materiales susceptibles de un posterior reciclaje para su aprovechamiento. Hay gente que ve también en la existencia de esos colectivos una actuación de tipo ecológico desde fuera del sistema, pero esto es ya mucho ver. La necesidad de encontrar trabajo, de sobrevivir, de ir tirando o incluso de ganar bastante dinero es la explicación más plausible y lógica.

Tales colectivos de aprovechamiento de desechos se dedican a recoger todo tipo de materiales que puedan posteriormente aprovecharse: plásticos, vidrio, papel y cartón, ropa, madera y muebles, metales...

En la mayoría de los casos estos materiales y materias son recogidos en los depósitos de basuras y en los contenedores de desperdicios que instalan los ayuntamientos en los barrios, pero también existe la recogida domiciliaria e incluso la compra, en ciertos casos. El material recuperado tiene dos principales destinos: o se repara y vuelve a venderse “de viejo”, como en las antiguas



traperías o “encantes”, o se vende a mayoristas especializados en recuperar, por ejemplo, papel y cartón, vidrio o metales.

Son muchos los jóvenes que trabajan en estos colectivos. Algunas de estas organizaciones reciben ayudas que provienen del Plan de Empleo Juvenil, pero hay otras que actúan como escuelas de formación ocupacional: en alguna de ellas puede escogerse entre más de una docena de cursos de especialidades relacionadas con los mate-

riales de desecho: carpintería, restauración de muebles, cerámica, fundición y trabajos de vidrio, aprovechamiento de fibras textiles o cerrajería y metalistería. Al terminar esos cursos puede obtener, aquel que no lo poseía, el título de Graduado Escolar.

Un caso diferente son las asociaciones o grupos de jóvenes que se dedican a montar locales de venta de objetos usados o de segunda mano, pero en buen estado: en tales locales se puede comprar desde una máquina de coser, a pedal o eléctrica, hasta una cocina de gas, pasando por lámparas de todo tipo, aparatos de radio, televisores, cuadros casi siempre de

EL MATERIAL

recuperado o se
repara o se vende
a mayoristas
especializados

carácter religioso o bucólico, colchones y muebles. Los compradores, como es lógico, pertenecen a ese gran colectivo de personas –jóvenes y viejos– y familias económicamente necesitadas o en el paro.

Estos “nuevos-viejos” oficios han reaparecido en la mayoría de nuestras grandes ciudades, y si el paro no disminuye tenderán a aumentar. Pero ya existen ciertas personas y ciertas cooperativas que, aun en el caso de que la situación económica mejore y descienda el paro, no van a dejar el trabajo que ahora ejercen, pues han encontrado una insospechada rentabilidad en el aprovechamiento de todo cuanto nuestra poco sensata sociedad de consumo nos “obliga” a arrojar como no aprovechable. Y son millones de toneladas de materiales reciclables las que estamos desecharon anualmente. •